

EL PAPEL DE LA LITERATURA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL CONOCIMIENTO EN AMÉRICA LATINA (2002)

Javier España Novelo

Como cualquier expresión artística, la literatura se deriva de un impulso original, es decir, es plena suma de características individuales que definen un perfil humano; sin embargo, esta presencia se denota de un hombre perteneciente a una sociedad compleja y dialéctica. La sociedad, entonces, es mera parcela de identidad insoslayable. El actuar del hombre como ser individual colectivo es resultado de la sociedad misma y de sus aproximaciones a definiciones últimas. Pero, ¿es la realidad patrimonio del ser humano? ¿Territorio a solas del homo sapiens?

La realidad como identidad discutible se adhiere a otras grandes fuentes del quehacer del conocimiento. Pero ¿no es la ciencia misma, así como el arte literario, un dictado de realidad y reinterpretación de esta misma?

El celo científico se aposenta en su posesión de territorios. Descalifica, en más de un sentido las interpretaciones que la literatura denota y connota de la existencia para crearla o recrearla como principios reconocidos por la inteligencia de los seres comunes que somos.

Cuando Octavio Paz habló de la tradición de la ruptura, refiriéndose a los antagonismos intelectuales presentados por las tesis estéticas literarias, estaba estableciéndose –al mismo tiempo– una trascendencia de discusión en otros campos de acción y reflexión intelectuales.

Para Paz, la necesidad de cada escritor de precisar su tiempo histórico y su compromiso con el arte, conducían inevitablemente a tratar de alcanzar definiciones propias, es decir, poder fijar su trascendencia personal, con un “aquí estoy” o “aquí soy distinto”. No obstante, en juicios cedidos a la inmediatez se puede encontrar el vínculo que contiene a diferentes expresiones humanas intelectualizadas. Posiblemente, el terreno delimitado del ejercicio intelectual, trazado a partir de un sujeto-objeto, se debe a la superespecialización o profesionalización, como suele llamarse ahora, a cada labor reflexiva y creativa. La ciencia y los científicos han abrevado de la irresistible fuente de la especificación, es decir, el científico restringe su visión totalizadora, marginando el origen de verdad universal que tuvo en el vientre de la filosofía. Pero también, a veces, la filosofía en su mundo presente desdeña el abrevar de otras corrientes de

reflexión que considera, si no ajenas, sí distantes a su universo pronunciado por discursos abstractos y estructurados. Entre estas manifestaciones, se encuentran los diferentes términos que se expresan en un lenguaje que trasciende su ámbito denotativo, y si lo planteamos así no son pocos, más bien demasiados, para acercarse a otros efectos interpretativos, sin contradecir la esencia misma de la propia forma, o sea, sin traicionar la intención de la subjetividad filosófica. Este es un fenómeno, el de demarcar territorios, que finalmente desemboca en la dirección parcelaria de la actividad humana, surgida de la razón más inmediata.

Las especializaciones basadas en el trazo de territorios intelectuales son tema de Lyotard: “... *si la modernidad ha fracasado, ha sido porque ha dejado que la totalidad de la vida se fragmente en especialidades independientes abandonadas a la estrecha competencia de los expertos, mientras que el individuo concreto vive el sentido “desublimado” y la “forma desestructurada” no como una liberación sino en el modo de ese inmenso tedio acerca del cual, hace ya más de un siglo, escribía Baudelaire.*”¹

Aunque Lyotard enmarca su discusión o punto de vista, dentro de la experiencia sólo científica, puede extenderse su argumento hasta las orillas, subestimadas por la ciencia, de la misma literatura.

No pueden descartarse las puntualizaciones bachelardianas de que la opinión no tiene un peso específico de reconocimiento en el mundo de la ciencia; Aun así, el arte en sí mismo puede presentar inquietantes y discutibles versiones de la realidad, de la cual derivan los paradigmas científicos de todos los tiempos.

La premisa “realidad” se desprende a través de conceptos como “verdad” y “método” y éstos germinan dentro del espíritu de la epistemología. Pero hay que ver y procurar que la ciencia, en busca de su aplicación en la realidad, requiere de todos los parámetros del “discurso real”, todos en el escenario de la realidad, estrictamente social. Esto nos lleva a la apertura, más allá del convencionalismo científico, del concepto “cultura”. No puede situarse ese discurso dentro de un solo paradigma con rostro rígido y, por ende, indiscutible, si no se puede ser capaz de reconocer que existen otros rostros, que en suma, definen al hombre y su circunstancia. El establecimiento de este dualismo conceptual atrae, en el espíritu de este planteamiento, la exposición de Ortega y Gasset sobre el perspectivismo y la razón vital que participan de la definición dialéctica de nuestras vidas.

El mundo no es sólo un sitio, sino también un tiempo humano que permite redefinirnos y/o recrearnos, partiendo de premisas elementales, y no por ello poco profundas, de lo que significa vivir y seguir viviendo. De esta manera, el arte contribuye a la definición del ser, del ser hombre, más allá del sentido de especie y contenido histórico que sólo le permiten respirar y actuar bajo condicionamientos lógicos de comportamiento colectivo, sin saber para qué debe estar vivo. También, el arte se convierte en efecto en simultánea causa de lo que somos, fuimos o podemos ser: el parteaguas original del conocimiento que refleja el espejo de la pregunta expresadas en el color, en la música, y, necesariamente, en la palabra.

Esta aparente búsqueda hacia adentro de la literatura, se contrapone a la misión natural de su existencia: la de actuar sobre los demás, pero, ¿en qué consiste esta acción? ¿cuál es su forma de operar?, ¿tiene algún mecanismo visible, reconocible?

¹ Lyotard, Jean-Francois. *La posmodernidad* (explicada a los niños), Editorial Gedisa, España, 2001, p. 12.

Sabemos que el conocimiento dogmático, inclusive el científico, se enfoca a un objeto para su comprobación. Las operaciones cognoscitivas se desarrollan desde la identificación del objeto mismo para establecer algún tipo de relación que le permita al científico desprender una identidad reconocida o por reconocerse.

Pero ¿en qué momento la literatura, o a través de qué rasgos podría aceptársele como un mínimo factor de reconocimiento de la sociedad, como verdadero objeto del conocimiento de cualquier ciencia?.

La mejor forma de abrir las puertas al plurisentido de la realidad única, se da cuando se reconoce en la literatura “el pensamiento del afuera”, expresión utilizada por Michel Foucault en su libro “Entre filosofía y literatura”: “ *Este pensamiento que se sitúa fuera de toda subjetividad para hacer surgir sus límites como desde el exterior, enunciar su fin, hacer brillar su dispersión y no recoger más que su insuperable ausencia, y que a la vez se mantiene en el umbral de toda positividad, no tanto para captar el fundamento o la justificación, cuanto para reencontrar el espacio en el que se despliega, el vacío que le sirve de lugar, la distancia en la que se constituye y donde se esquivan en cuanto se las mira sus certezas inmediatas, este pensamiento, en relación a la interioridad de nuestra reflexión filosófica y en relación a la positividad de nuestro saber, constituye lo que podría llamarse en una palabra “el pensamiento del afuera”.*²

Así, la palabra literaria asumiría su ruptura con la interioridad subjetiva para dar cabida a otros espacios como la objetividad exteriorizada, donde empezaría a detonarse un valor de conocimiento, puesto que rebasaría el plano solamente estético o moral, para cobijarse entre el bagaje de reflexión que cualquier ciencia tendría que reconocer. Ejemplos de esta resonancia “hacia afuera” se dan con claridad premeditada en muchos escritores del mundo. Pero es en América Latina, unidad de estudio con condiciones particularísimas, donde la voz literaria se universaliza al cumplirse en una realidad, creada o recreada por las formas literarias, pero que no dejan de expresar el universo particular de cada región latinoamericana.

Podría ser que el margen de riesgo de la experiencia literaria, por sus tonalidades acerca de la verdad real, desvirtúe ante los ojos del científico la calidad de su propia veracidad; pero, si así fuera, se tendría que aceptar que, desde el siglo XIX hasta nuestros días, el enfoque de la ciencia ha sido positivista. Aunque muchas disciplinas científicas no se reconozcan en esta clasificación, esta tendencia prevalece al marginar la antiolemonidad e imprecación de los “valores sociales” que critica la literatura, desdeñándose a ésta por su aparente subjetividad en su apreciación del mundo. Ya Gianni Vattimo, subraya que: “*No es, pues, injustificada la impresión de que el redescubrimiento hermenéutico de la verdad del arte, la cual enlaza con el idealismo después del paréntesis positivista, se haya detenido, por ahora, en éxitos más bien genéricos. Por cierto, es decisivo para aproximarse a la obra de arte lo que enseña Gadamer acerca de la experiencia estética como experiencia verdadera, que transforma a quien la experimenta; y la cual, por lo tanto, no puede ser justificada por teorías que se siguen elaborando según el desinterés kantiano pensado en términos cada más descomprometidos de todo interés ontológico. Pero, una vez dicho esto, si la “verdad” que el arte contiene no debe reducirse a una forma genérica de sabiduría de la vida y el destino humano (y esto se lee en*

² Foucault, Michel. *Entre filosofía y literatura*, Ediciones Paidós, España, 1999, p. 300.

todas las “versiones en prosa”, aun las menos triviales, de la poesía) habrá que tratar de asumir posiciones más explícitas acerca de la relación entre lo verdadero que experimentamos en la obra de arte y lo verdadero que perseguimos con la argumentación.”³

¿Qué debería tomarse del arte literario? O, más bien, ¿cómo debe tomarse el arte literario? Algunos argumentos que han servido como referencia, mínima o no, han situado su efecto dentro del contenido histórico de la misma ciencia, ubicando a la literatura como una sola expresión cultural; sin embargo, se ha fronterizado su valor a un solo aspecto informativo, sin ir más adentro de los valores cuestionables y cuestionadores de la verdad social, que pueda inducir hacia una lectura hacia fuera, es decir, acoger valores como igualdad, justicia, poder popular, explotación, libertad de cada individuo de determinar su propia identidad ante la solitaria caída de una hoja, para signarse en el mundo que lo rodea y lo explica.

Si la literatura implica un construir, desde interpretar, ejecutar, formar, -como partes de un proceso racional-, no puede situarse en la inopia de la historia del pensamiento humano. Si se pretende la comprobación, por mera enunciación de los paradigmas del conocer, más allá del conocer estrictamente científico, la misma literatura caería en el absurdo de ser para nada y, peor aún, de ser para nadie. Esto no significa que deba exaltarse el ánimo panfletario de buscarle a la literatura una suerte de fin último o único. Pero si es justo aceptar que en más de una obra literaria se han podido encontrar recortes de realidad en planos específicos de la historia. En el caso de América Latina es innumerable el pronunciamiento de voces que han intentado encontrar esta subjetividad convertida “hacia fuera”. Algunos han subrayado que la labor del intelectual latinoamericano debe cumplir con un propósito literario y concientizador. El mismo Julio Cortázar, en su libro “último round” define así el concepto de intelectual en América Latina: “*Los problemas cotidianos de tu país, forman por así decirlo un primer círculo vital en el que debes obrar e incidir como escritor, y que ese primer círculo en el que se juega tu vida y tu destino personal a la par de la vida y el destino de tu pueblo es a la vez contacto y barrera con el resto del mundo, contacto porque tu batalla es la de la humanidad, barrera porque en la batalla no es fácil atender a otra cosa que a la línea de fuego.*

No se me escapa que hay escritores con plena responsabilidad de su misión nacional que bregan a la vez por algo que la rebasa y que la universaliza; pero bastante más frecuente es el caso de los intelectuales que, sometidos a ese condicionamiento circunstancial actúan por así decirlo desde fuera hacia adentro, partiendo de ideales y principios universales para circunscribirlos a un país, a un idioma, a una manera de ser. Desde luego no creo en los universalismos diluidos y teóricos, en las “ciudadanías del mundo” entendidas como un medio para evadir las responsabilidades inmediatas y concretas –Viet Nam, Cuba, toda Latinoamérica- en nombre de un universalismo más cómodo por menos peligroso.”⁴

Aunque suelen buscarse principios de cualquier clase, a partir del discurso de compromiso social, la autenticidad de éste peligra en el margen de la entrega. Diferentes niveles o intensidades de esta conciencia social pueden encontrarse en las vidas literarias: hombre–autor y obra–trascendencia. Sin embargo, difícilmente, ante la exposición de los hechos por la literatura se le puede dar la espalda en un acto de no

³ Vattimo, Gianni. *Filosofía y poesía: dos aproximaciones a la verdad*, Editorial Gedisa, España, 1999, p. 10.

⁴ Cortázar, Julio. *Último round*, Siglo XXI, México, 1980, pp. 267, 268.

reconocimiento real. De igual forma estas manifestaciones van dentro del propio acto literario. Libros y autores de América Latina han madurado su palabra desde la inclemencia histórica que les tocó vivir o interpretar. Por ejemplo, Alejo Carpentier, en su obra que no puede dejar de ser latinoamericana, subraya el impudoroso imperialismo que definió nuestra historia contemporánea con una exposición más allá de la carne y de los huesos de lo que suele conocer la historia convencional: la descripción insuperable de la corte real haitiana, por ejemplo, donde la condición de la esclavitud es enmarcada por Monsieur Lenormand de Mezy y el esclavo Ti Noel.

Esta repercusión de aliento acusador, obviamente intemporal, se sitúa en otros países americanos. Sucede, por ejemplo, en México del siglo XVIII con José Joaquín Fernández de Lizardi, considerado por muchos estudiosos como el primer autor exitoso de la novela en la América Española. “El pensador mexicano” nunca perdió de vista que, inclusive sus folletos críticos de las injusticias del gobierno de España, no erguían más que armas literarias, razón o sinrazón de sus visitas involuntarias a las cárceles imperiales.

En este sentido de luz sobre la sangre de los pueblos latinoamericanos, aparece, como paradigma literario-social, el poeta Pablo Neruda, autor de libros que definen y redefinen el alma de América Latina. De manera ejemplar, este primer círculo del que habló Cortázar, tiene un sentido más universal en el poeta. La unidad Latinoamericana no es simplemente el grito desgarrado de una esperanza que se convierte en palabra, sino también un dictado a media voz que incita a reconocer nuestras fronteras de historia y nuestra “residencia en la tierra”. Neruda es un claro ejemplo del escritor que reclama, de los más poderosos, la realidad venturosa de los pueblos. Por eso, más de una vez, sus poemas cabalgan sobre las cicatrices, y humedecen de un rocío contestatario los labios del polvo sabio latinoamericano. Pero no hay que perdernos entre el impulso lírico o el aliento connotativo solamente como estudios de las formas estéticas. Lo que hace inconmensurable a la palabra literaria no es sólo un juicio crítico, parcial y reductivo de determinada ideología. Independientemente de la postura social-filosófica, el escritor asume la realidad para fijarla en cualquier cavilación que pretenda conocer al hombre. Nada es más absurdo que delimitar el propio territorio del acto literario. Sería una contradicción a la premisa de la realidad del pensamiento humano. Una circunstancia más interesante del escritor latinoamericano, que se da en Neruda también, es una declaración de identidad, suma del dolor, de la opresión y de los destinos externos que condicionan cruelmente su futuro. Dicta un poema nerudiano:

ENTIERRO EN EL ESTE

Yo trabajo de noche, rodeado de ciudad,
de pescadores, de alfareros, de difuntos quemados
con azafrán y frutas, envueltos en muselina
escarlata:
bajo mi balcón estos muertos terribles
pasan sonando cadenas y flautas de cobre,
estridentes y finas y lúgubres silban
entre el color de las pesadas flores envenenadas

y el grito de los cenicientos danzarines
 y el creciente monótono de los tamtam
 y el humo de las maderas que arden y huelen.

Porque una vez doblado el camino, junto al turbio
 río,
 sus corazones, detenidos o iniciando un mayor
 movimiento,
 rodarán quemados, con la pierna y el pie hechos
 fuego,
 y la trémula ceniza caerá sobre el agua,
 flotará como ramo de flores calcinadas
 o como extinto fuego dejado por tan poderosos
 viajeros
 que hicieron arder algo sobre las negras aguas,
 y devoraron
 un aliento desaparecido y un licor extremo.⁵

No debe inquietar al científico la cercanía de estos actos de emoción intelectualizada o reflexión a la intemperie. Más de un paso de la ciencia ha sido dado por un impulso parecido. Las fuentes deben tomarse como tales, es decir, no contravenir el espíritu científico, el conocimiento o reconocimiento de la realidad a través de otras intenciones racionalizadas.

Octavio paz, en “El laberinto de la soledad”, hace literatura ensayística de las circunstancias de América Latina. Su opinión recoge reflexiones sobre el pasado común de los países latinoamericanos. La referencia a México dice: “*Uno de los hechos que caracteriza la economía mundial es el desequilibrio que existe entre los precios bajos de las materias primas y los precios altos de los productos manufacturados. Países como México –es decir: la mayoría del planeta- están sujetos a los cambios continuos e imprevistos del mercado mundial.*

Por otra parte, no se llegará a reducir el desnivel, cada vez más profundo, entre los países “subdesarrollados” y los “avanzados” si estos últimos no pagan precios justos por los productos primarios.

Por razones de sobra conocidas, nada o muy poco se ha conseguido en este campo. Los países “avanzados” sostienen imperturbables –como si viviésemos a principios del siglo pasado- que se trata de “leyes naturales del mercado”, sobre las cuales el hombre tiene escasa influencia. La verdad es que se trata de la ley del león.⁶

⁵ Neruda, Pablo. *Residencia en la tierra*, Editorial Bruguera, España, 1980, p. 56

⁶ Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1978, p. 163.

Más allá de un sentido crítico, lo importante y distante al paradigma positivista es la exposición contextual que prevalece desde cualquier óptica, ya sea denostativa o elogiante. La verdad, convertida en palabra real, está allí, aquí y siempre ahora, en líneas y entrelíneas de la literatura latinoamericana.

En otro caso particular de la literatura mexicana está el escritor Carlos Fuentes, quien también en el género ensayístico da cabida a su personalidad literaria su destino crítico; muchos ejemplos de esta literatura pueden encontrarse en las páginas de su libro “Tiempo mexicano”, donde al referirse a la caracterización de la revolución mexicana institucionalizada en grupos de poder: asevera: “*mientras no se cuente con esta racionalización objetiva de nuestra realidad, la clase intelectual del país no habrá cumplido su tarea más urgente: la de penetrar la cortina de mistificaciones que enajenan nuestra vida diaria, intento que hasta ahora –como siempre sucede- sólo se han realizado parcialmente la literatura y el arte*”⁷

A pesar de esta aparente búsqueda de funcionalidad, sabemos que la literatura expresa un mundo que no necesariamente quiere cambiar, pero que lo descarna ante nosotros. Esto no significa que la literatura no sepa reconocer su contexto de pertenencia: la particular circunstancia que la define, entre muchos factores, desde la ideología de una clase privilegiada y orgánica. Pero esta suerte corren otras esferas de la acción humana, y es importante su esfuerzo de lo que puede proponer este mundo de la reflexión –para decirlo de algún modo-, como facultad de reconocimiento autocrítico, ante una realidad que puede transformarse y llegar a ser un fin y no solamente un medio para transcurrir nuestras vidas.

⁷ Fuentes, Carlos, *Tiempo mexicano*, Editorial Joaquín Mórtiz, México, 1978, p. 86.